

# Cantos de bromuro

Morgan D.K. Garófalo



## Capítulo 1

Un deslumbramiento, un destello rojo golpeando su mente entre sueños. A su tiempo, sin correr de él. A su propio volumen, sus propias calorías desplazándose en el aire, en el cielo, bajando a tierra, cavando túneles, entrando y siguiendo cualquier pasadizo dispuesto a ser descubierto por una mente que le pueda seguir el ritmo, no era para cualquiera. No era para todo el mundo, era solo para algunos. Los que entendían, genial. Los que no, afuera.

Afuera, afuera. Sacalo a fuera. No sirve. Tiralo. Desechalo. ¿Por qué ocupa espacio? No lo merece.

Ya no había con qué darle para evitar lo obvio. Se perdió en su locura. No había vergüenza en admitirlo. Era satisfactorio reconocerlo y dejar que actúe por sí sola. Como los dientes dentro de las maracas chocando entre ellas con la madera.

Que cante. ¡Que cante! El chaman de los ángeles. Que giren las escaleras, que se den vuelta todas las puertas y se mezclen los mundos de su interior. Que se descubran. No se negarán, en todo caso, lucharán para demostrar quién es el mejor, pero cada uno es único a su manera. Una sorpresa por puerta. Único, parte de ella. Loca. Loca la locura de las llamas y sus lenguas letales lastradoras.

Rebosada por el placer de la juventud, del potencial, de todo lo que llegaría a ser. La libertad. La inquebrantable honradez y flexibilidad del intelecto.

Inhaló y exhaló. Se le fue la ansiedad que le traía el ceder a la posibilidad de no poder conseguirlo. Si moría antes de tiempo, nadie podría completar lo que tenía en mente, solo ella sabía cada aspecto, cada raíz del pensamiento y cada tramo de las ramas entrelazadas y desplegadas en lo etéreo con el poder de parir el sentido de sus llantos y expresiones, plasmarlo en lo eterno.

Canto celestial, canto del infierno.

La locura del velo se extravía donde viven e influyen los descendientes con marchas de miradas furtivas donde, insidiosamente, pasan los días y vuelven, inútilmente. Son confusas y flotantes las agudas tiradas, sedantes, los agudos escalofríos de una mirada angelical, entre plumas y almohadones y una demencia de velatorio. Esa que esconden los curadores sanadores de su ego y vidas a destierro. Se observa la luz que se esconde debajo la miel y se arrastra del espanto callado violentamente, da un sargazo con los buques que se detienen y los marineros que secan la proa abandonando las corrientes siguiendo las cifras creyentes. Reman,

reman, los conejos reman, los pechos sincronizan la sintonía, la tendencia a perder la cabeza. Explota. Explota la vejiga, explota la pereza, explota todo lo que trabe la corriente, es inevitable que no pierda piel la serpiente. Las rodillas no se dejan caer, por más que duelan, se recuperan. Se arrastran, se liberan. Explota lo demás, explota la cabeza, una más por las dudas, por naturaleza, todo sea por la grandeza, la riqueza que trae más que la belleza impagable. Impagable la tristeza y la nobleza y, por sobre todo, firme yace la pureza. A todos aquellos se les reza, de donde quiera que sean, cumplen las plegarias, traen a su Alteza, demuestra su destreza, discreta si el placer inquiera la crudeza, aguda y sin delicadeza.